

# EL SENTIR AZUL

Terciopelo Azul

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 3<sup>er</sup> semestre*

**E**stando aquí arriba, cualquier pregunta era válida. Nadie me juzgaría si preguntaba acerca del olor de los colores, o de la sensación que ellos mismos me evocaban. Claro que tenía curiosidad por averiguarlo. ¿Sería el olor morado dulce como una uva y embriagador como el vino? ¿O, más bien, nauseabundo como la piel en estado de descomposición? ¿Qué hay del color rosa? ¿Sabría reconocer al olor rosa si este me hiciese recordar la sensación de los vestidos rosas de tul, con los que mi mamá solía vestirme cuando era niña, tirando pétalos en el pasillo de una iglesia cualquiera, en la boda de unas personas cuyos rostros me cuesta recordar? ¿O me recordaría, en cambio, la mano nudosa y áspera que ese hombre deslizó bajo mi vestido de tul durante la ceremonia religiosa?

Mi madre me culpó por ello, me hizo pedirle perdón por haberlo acusado, y me prohibió volver a mencionarlo a alguien. Rememorar el momento se había sentido como una punzada en mi pecho. Las manos habían comenzado a picar, y el cabello de repente se sentía pesado, aun cuando ni siquiera me llegaba a la barbilla. ¿Debía cortarlo más? Había probado el tabaco una vez en mi vida, cuando tenía 16 años. Me sentí culpable luego de terminarlo, pues mi madre siempre me había recalado que uno de sus hermanos había muerto de cáncer de pulmón. Nunca confesé a nadie sobre el cigarrillo, mucho menos sobre lo mucho que me había gustado.

También me preguntaba sobre el aroma azul, o lo que aquello me evocaba. No era la primera vez que lo pensaba, la mayoría de las veces era cuando estaba sobre mi cama, observando el techo gris de mi cubículo de descanso, y lo tenía claro. Como siempre, aquello podía tener dos resultados: el primero, me recordaba al baile de bienvenida del último año de bachillerato, usando el vestido terciopelo azul que me había confeccionado

mi madre con esmero, sintiendo el hormigueo en el estómago causado por los nervios al encontrarme con ese chico que tanto me gustaba. Mi pecho se hinchó de felicidad cuando tomó mi mano y me puso el ramillete de narcisos azules alrededor de la muñeca, y estrechó sus dedos con los míos.

El segundo, me recordaba al uniforme que usaba ahora mismo. No importaba que lleváramos el mismo uniforme, no importaba que hubiera destacado tanto en mi entrenamiento físico, ni los doctorados que me habían costado miles de noches en vela y enésimas lágrimas que tantas veces me hicieron querer renunciar a este sueño que ni siquiera era el mío. Nada de eso importaba, pues aquí para ellos era solo una mujer. En la nave éramos cinco personas, cuatro eran hombres.

El hecho, más que incomodarme, me había aterrado. Nunca había sido buena para relacionarme con los hombres y odiaba saber que el pasado me perseguía, me hacía sentir insuficiente. “No puedes dejar la academia ahora que has llegado tan lejos”, dictaminó mi madre en cuanto le comuniqué aquello que me incomodaba. “No tienes que preocuparte por nada, recuerda que no cualquier enclenque puede llegar a la luna”, me repetía constantemente. Y obedecí, pues ella siempre tenía razón.

Claro que, cuando lo conocí, el apretón de manos que intercambiamos fue todo menos amistoso; la manera en que acariciaba sin parar el dorso de mi mano, sus ojos fijos en mi cuerpo, la sonrisa tétricamente alineada que asomaba entre sus labios al mencionar mi nombre. Cambiaba su carácter conmigo y con los otros tres tripulantes. Me hacía sentir pequeña y débil. Y su mano, que acariciaba mi rodilla cuando se sentaba a mi lado durante la comida, me hacía sentir asco de mi propio cuerpo.

¿Cómo llegué a este lugar teniendo la mente tan jodida? Pero, sentada, viendo el infinito y negro vacío, ¿qué importaba?, ¿qué importaba la incomodidad al pasar a su lado?, ¿qué importaba la misión en sí misma por la que me encontraba aquí?, ¿qué importaba el sueño de mi madre, al que me había condenado? Encontrándome a mí misma frente a este universo, me perdí. No era nada, no era nadie. ¿Era culpa mía el haberlo escuchado entrar en mí cubículo, arrancar la sábana que me cobijaba, y pasar sus manos por mi cuerpo? La mitad de las cosas no las recuerdo, el sentirlo cerca mío me causó una especie de ataque de pánico y me congelé.

Recuperé la consciencia luego de que ya se hubiera ido, pero la sensación pegajosa en mi piel me hizo querer vomitar. Pero ¿llorar serviría de algo? Mi madre siempre me dijo que sólo era un desperdicio

de energía hacerlo, y que cuando lo hacía era sólo para llamar la atención de la gente. No volví a hacerlo desde entonces. Luego de eso, las lagunas mentales se volvieron más y más recurrentes.

Cada vez recordaba menos, y me asqueaba más de mí misma al despertar sin ropa y con la piel de los muslos irritada. Tampoco recordaba tener tanta fuerza, la suficiente para asfixiar a alguien hasta su muerte. Fue el peor momento, para recordarlo todo, encontrándome sentada sobre él, sin ropa, y con las manos aferradas a su cuello. Su rostro se había vuelto morado y sus ojos se enrojecieron, mirándome con pánico. Pude soltarlo, pudo recuperarse, pudieron amonestarme y llevarme a prisión, y él viviría. Pero, ¿era eso lo que quería realmente? No lo solté, por el contrario, apreté más fuerte.

Mi madre me había convencido de que este era mi sueño, era el sueño que me había heredado el padre que nunca conocí, y perseguir un sueño ajeno me había arrastrado hasta la miserabilidad. Pero hoy decidí cambiar aquello. Hoy decidí tomar el control de mi vida. Ya no me dejaría vencer por las palabras de mi madre, ni me haría pequeña por las miradas que me enjaulaban en el estigma de mi propia impertinencia. Así, mirando el infinito y espantoso vacío, me di cuenta de que ya no me resultaba aterrador. Temblando mi mano, apreté el botón rojo de la compuerta.

Y el vacío me succionó.

Las luces rojas dentro de la nave sonaron fuertes antes de que el ruido se extinguiera en sí mismo. Apenas un atisbo de los gritos de pánico de mis compañeros tripulantes llegué a escuchar antes de sumirme en el silencio del espacio. La presión me apretujó el pecho y se expandió por todas mis extremidades; pero contrario a sentir el pánico de la muerte, sentí la libertad abrazarme, quitándome las cadenas de eso que se llamaba vida.

Mantuve los ojos abiertos hasta que dejé de sentirlos, pero la asombrosa vista de este infinito vacío, negro y azul me bastaba. Mi madre siempre me había pedido que nadara entre las estrellas, y este era el último deseo que le iba a conceder.

*Estrellita, ¿dónde estás?  
Me pregunto qué serás,  
en el cielo y en el mar,  
un diamante de verdad...*